

EN TORNO AL CURA MERINO

por el Dr. D. JOSE M.^a CODON

Está aún fresco el homenaje internacional que se le ha tributado al general Merino en Madrid, Burgos y Lerma. El enviado del Prefecto de Alençon, las fuerzas fronterizas que le honraron, el Ejército español que le rindió honores de general, representado por el subsecretario general Medrano, el capitán general de la VI Región y hasta diez tenientes generales y generales; los laureados que le llevaron a hombros a su segunda tumba, el embajador inglés y el cónsul francés, las autoridades de todas clases, las Cortes españolas, los representantes de la nobleza, académicos y el clero en los actos de homenaje, han confirmado los lejanos pero eternos elogios y juicios valorativos del general Castaños, lord Wellington, Lafayette y el propio Napoleón, que dijo de él: «Prefiero la cabeza de ese cura, a la conquista de cinco ciudades españolas».

Tres prelados, todas las representaciones religiosas de la Cabeza de Castilla y de su tierra, el clero joven y el maduro, las delegaciones culturales, poetas y mantenedores de talla nacional, han asistido a la exaltación de su semblanza espiritual y religiosa, de «mitad monje y mitad soldado».

Su leyenda negra, como la de todas nuestras grandes figuras, ha sido disipada por la fuerza solar de la crítica histórica. Hay un reciente artículo (1), que quiero comentar con cierto detenimiento, porque incurre en los viejos tópicos, aunque no faltan en él aciertos, como el que reconoce a Merino como símbolo de una de las dos Españas. Personalmente no creo en la dicotomía permanente de la Patria. Pero si en algunas crisis ha asomado «otra España» como

(1) JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO: *El cura Merino a uña de caballo*. «Historia y Vida» (Barcelona), año I, núm. 5, agosto 1968.

en la época de Merino, él simboliza, desde luego, «la España ideal frente a la España bastarda de los liberales», que dijo el español número 1 de nuestro tiempo.

Merino, fue un gran español, con dotes geniales para la milicia y la política.

No fue menudo de talla, ni cerdoso, ni sombrío: medía su esqueleto, cuando abrimos el féretro, 1,75, y el riguroso análisis científico revela un tipo celtibérico magnífico, psicósomáticamente equilibrado (2).

Su ideario repugnaba a la vez el absolutismo de Fernando VII y el liberalismo de los afrancesados, y de los cristianos perseguidores de la religión y destructores de conventos y monumentos religiosos, y era la primera formulación del ideario tradicionalista, que propugna las leyes fundamentales, no sólo una cuestión dinástica (3).

«Estuvo siempre dispuesto a morir, antes que prevaricar, antes que quebrantar las leyes de Dios y de España», como rezaba el epitafio de su tumba en Alençon, que sintetizaba la semblanza moral redactada por sus contemporáneos, y que se ha reproducido en su tumba de Lerma. Por eso, sus tres salidas no tuvieron por motivo una humillación personal, sino que a los cuarenta años, a los cincuenta y tres y a los setenta, tomó las armas sólo cuando peligraron de verdad la Patria y la religión, y nunca por impulso propio, sino a ruego del país, cuando no había más remedio que jugarse el todo por el todo.

La «escena de las acémilas» no le impulsó a la guerra. Sucedió en enero de 1808, y él se lanzó al campo en 1809. Perdonó. Sufrió otro vejamen de los franceses y, sobre todo, su hermana, la menor y la más querida, fue... objeto por los soldados de la «revolución de la guillotina domesticada», de la «plus doloureuse injure», como consta en la Biblioteca Nacional de París. Alguien, como sacerdote y como hombre, ante los ataques a la Iglesia española, a su familia y a su honor, ¿hubiera podido aguantar más?

No se hizo francés, ni sirvió de «cicerone» a Angulema. Fue el alma de la guerra de 1823, liberó media España, y sostuvo a la Re-

(2) Informes del Dr. Ruiz de Velarde y del catedrático de la Escuela de Medicina Legal, Dr. Blas Aznar.

(3) Dr. BENEYTO, catedrático de Historia del Derecho en su reciente *Historia de las ideas políticas*, 1950.

gencia de Urgel. Pero, partidario de la no intervención extranjera, cuando el Duque entró en España, se retiró a Extremadura y Castilla la Nueva. Si el Empecinado recordó a Angulema los estragos de Merino en la Guerra de la Independencia, como dice el articulista, allá él con su responsabilidad; Merino tenía el mismo criterio que Wellington en el Congreso de Verona: «los problemas de España para los españoles».

Merino no se hizo cristino. Fue como don Carlos, leal a Fernando VII hasta que murió, y respetuoso con su esposa. Pero cuando vio violada la Ley fundamental de la sucesión por la extranjera Carlota, a requerimiento de Castilla, salió al campo más quijotesca-mente que nunca, a los sesenta y cinco años, y fue cuando derrochó prodigios de valor personal en Hontoria, Villahizán, Portugal, el Esla, Morella, etcétera.

Merino no provocó el anticlericalismo. Al revés, vindicó a sus hermanos. Era un niño cuando los horrores anticlericales de 1793 y las medidas cismáticas de Urquijo, y rechazó después las de los afrancesados de José Bonaparte. Su principal preocupación fue oponerse a los manejos masónicos. Cuando el Cura se lanzó a su segunda campaña fue en 1821. Los archivos vaticanos y los periódicos europeos hablaron mucho de ello. Pero «había llovido» desde que los liberales mataron al cura Vinuesa y se pusieron en la solapa el martillo «vengador», precursor de la hoz y el martillo, desde que Merino supo el asesinato de medio cabildo de Burgos en las aguas gallegas, con el hundimiento del barco-mazmorra, y ya «había escapado» desde «la tartana de Rotten» y el asesinato del Obispo de Vich.

Es incierto que fusilase a ningún catalán en Torduelles, y menos vestido de Palafox. Era magnánimo con sus enemigos, como reconoce el articulista en el episodio de Palenzuela.

Merino no corrió en Montes de Oca, ni fue ésta la tumba militar del Cura. Realizó después hazañas que hoy se comentan en todas las academias militares.

Por último, no veo por qué decir que el Empecinado es la antítesis del Cura Merino. En la guerra de la Independencia los dos se comportaron heroicamente. Las comparaciones son odiosas y peligrosas. Pero en la segunda campaña dio la casualidad de que Merino perseveró en sus ideales de Dios y de la Patria, y el Empecinado, no.

Y no somos sus paisanos quienes le execremos por ello. El juicio de la verdadera historia está sobre todos. El Cura le pudo matar en noble lucha cuando huía de él Juan Martín. Le tuvo al alcance de su infalible puntería, supo perdonar, y no disparó. Pero para hacer justicia al Cura Merino, no hay que denigrar al Empecinado. Es mejor perdonar y quizá, para no fomentar la historia negra, no airear la segunda parte de la vida de este personaje, que tiene el lastre de un antiguo refrán.

En fin: si el General Merino ha sido cantado y homenajeadado por la España de hoy, algo tendrá. Si personas de todos los matices políticos fueron por él a Francia y se reunieron en Lerma, algo unirá su figura. Y ese algo, como ha dicho en «A B C» el Conde de Motrico, es que fue una figura y un guerrero extraordinario y es patrimonio común de todos los españoles.